

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

10

ABRIL-JUNIO

1943

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:

LIC. RODOLFO BRITO FOUCHER

H. señor Secretario General:

LIC. ALFONSO NORIEGA, JR.

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$7.00

Exterior..... dls. 2.00

Número suelto..... \$2.00

Número atrasado..... \$3.00

Sumario

FILOSOFIA		Págs.
José Gaos	<i>Galileo a los tres siglos. (Conclusión.)</i>	181
Eduardo Nicol	<i>Psicología científica y psicología situacional.</i>	195
LETRAS		
José Carner	<i>La España de Pérez Galdós. (Conclusión.)</i>	215
Enrique Díez-Canedo.	<i>Galdós y el Teatro.</i>	223
HISTORIA		
Mario Mariscal.	<i>Un motín estudiantil motivado por la declaración de la Independencia de México.</i>	239
Agustín Millares Carlo.	<i>Más datos sobre el Apóstol del Brasil.</i>	245
Jesusa Alfau de Solalinde.	<i>El niño en la España del siglo XIII.</i>	251
U. von Wilamowitz Möllendorff.	<i>El desenvolvimiento del Espíritu Helénico. (Conclusión.)</i>	263

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Págs.

Filosofía

José Fuentes Mares.	<i>Teoría del Derecho.</i> (Edgar Bodenheimer.)	283
Eduardo García Máynez.	<i>El positivismo en México.</i> (Leopoldo Zea.)	286

Letras

Ferrán de Pol.	<i>Refranero Clásico.</i> (Juan Suñé Benages.)	293
José Luis Martínez.	<i>La soledad en la poesía española.</i> (Karl Vossler.)	294
Agustín Millares Carlo.	<i>Espejo de paciencia.</i> (Silvestre de Balboa.)	291

Historia

Ferrán de Pol.	<i>Doña Marina, la Dama de la Conquista.</i> (Federico Gómez de Orozco.)	299
Rafael Heliodoro Valle.	<i>Ensayos, Ideas y Retratos.</i> (José María Luis Mora.)	301
Noticias.		305
Publicaciones recibidas.		307
Índices del tomo V.		317

El Desenvolvimiento del Espíritu Helénico

(Conclusión)

Por trecho de siglos fué Demóstenes el modelo de todos los retóricos. Su inimitable grandeza se pone más claramente de manifiesto en las imitaciones de que fué objeto, aun en las debidas a Cicerón. También él es sólo inteligible en conexión con su época y su ciudad: tiempo y lugar únicos que hubieran podido rendirle como fruto natural. Los estadistas de la grande época de Atenas labraron con la palabra viva, no aprisionada en documento escrito: así obró Pericles. Gradualmente el panfleto político empezó a abrirse paso, escogiendo entre otras formas la de la *δημηγορία*, o discurso parlamentario. Los estadistas señalados, en realidad, escribían rara vez; pero los literatos, de quienes habían hecho sus voceros, llegaron a constituir un poder en el aliño de la opinión pública. Entre ellos fué muy destacado Isócrates; también él hizo uso de la forma de la *δημηγορία*, entre otras diversas, a la que sus estudiadas artes del lenguaje conferirían un carácter que había de contrastar con las palabras que la pasión del momento dictara en el Pnyx. Fué resultado de aquellas condiciones de vida que el discurso forense se adaptara a las veces a producir su efecto como panfleto, en forma harto parecida a la de su emisión oral. La popularidad de la retórica, por su parte, preservó hartas oraciones forenses sin particular tendencia, y así, curiosamente, los alegatos especiales entraron en la literatura. Pero Demóstenes fué el primero en elevarse a la condición de capital estadista publicando oraciones dirigidas al pueblo o a los tribunales, que ya había pronunciado realmente, o ya reducido a esta forma. Al punto sus obras fueron admitidas entre los más distinguidos clásicos de su nación. Había sido educado exclusi-

vamente para la abogacía, cuyas enseñanzas incluyeron, fuerza es admitirlo, todas las artes del lenguaje; jamás estuvo en contacto con nada que ni remotamente cupiera llamar ciencia. En el juicio moral que nos merezca no debiéramos aplicar más pautas que la por él reconocida; se valió de la licencia que se habían tomado los patrióticos estadistas de su ciudad aun en los días de Temístocles. Posiblemente, ello no cuadraba con la norma platónica, mas tampoco cuadraba con ella el estado de Atenas. Constituye el encanto de Demóstenes su fe en los demócratas ideales imperialistas de la Atenas de Pericles. Que éstos se hallaran perdidos sin remedio fué la clave de su destino; ese hecho fué su ruina. Pero al casi alcanzar por la tensión de la palabra hablada y la fe, única que hace poderosa la palabra, que se animara su gastada y egoísta nación al impulso de su particular patriotismo, y, a pesar de todo, Atenas bajara de nuevo a la arena para defender con las vidas de los suyos la libertad amagada por Filipo, asentó Demóstenes su grandeza. El lado trágico de ésta aumenta la fascinación en quien penetra las ilusiones del gran orador y advierte el mejor derecho que, históricamente hablando, pertenecía a Filipo; pero el fuego de la pasión de Demóstenes arrebatará a ese mismo juez. Pero muy otro es, el encanto al que los retóricos eran sensibles. Lo que les pasmaba es lo que al principio le hace perder nuestras simpatías. El arte helénico cohibía toda pasión y rudeza y la reducía a la mayor y más armoniosa lisura. Demóstenes no habló de este modo, de ello tenemos certidumbre. Como escritor practicó el arte de los convencionalismos con el mejor juicio y la más cauta inteligencia; advertimos que ese orador puede ser lo que le plazca, pues su poder no conoce límites; pero él mismo define los angostos límites compatibles con el desarrollo de la armoniosa belleza, una belleza, si se quiere, del estilo empleado por el arte contemporáneo en el adorno de mausoleos; pues en el caso de Scopas y Leocares, también rico sentimiento yace bajo el despliegue de la línea bella.

El poder e independencia de Atenas, y aquella libertad griega por oposición a la cual parecía Filipo bárbaro y tirano a los ojos de Demóstenes, en realidad ya no eran desde hace mucho tiempo sino fantasmas. El empeño de estadistas atenienses, desde Aristides hasta Pericles, atentos a transformar en imperio de Atenas la confederación de ciudades a la que dió el ser la derrota de los persas, había sido la más alta acción de los helenos en la esfera política. Lograron ver concentrada su civilización en una unidad, bajo la hegemonía de Atenas. Pero el resultado

que el joven Tucídides previera cuando, al irrumpir la guerra del Peloponeso, se decidió a escribir su historia, cobró color distinto del que él tal vez se anticipara, o que cupiera según todas las probabilidades anticiparse. Atenas carecía de fuerza para someter el Peloponeso; Esparta sometió a Atenas y destruyó el Imperio, pero con la ayuda de los persas, que fueron los reales vencedores. Sobrevinieron no sólo la desolación y brutalización inherentes a la guerra civil dilatada, sino también la desesperanza de cualquier clase de salida favorable, es más, de cualquier salida. La restauración de la democracia de Atenas, la catástrofe de Esparta, que después de Leuctra pudo a lo sumo seguir luchando por su propia existencia, la efímera ascensión de Tebas, debida a la preeminencia de un solo hombre, factores son que en la historia nacional se limitan a recalcar el hecho de que ninguna de esas pequeñas ciudades podía afirmar soberanía ni en su propia casa ni sobre sus vecinos, pues todas existían sólo por la flaqueza general. Aun el poder persa, que imponía su voluntad a los griegos con tal frecuencia y hasta sin ayuda de fuerza armada, vivía meramente porque nadie lo atacaba. Lo que le faltaba a todo ese mundo era una voluntad dominante que lo sofrenara para su particular ventaja. Le faltaba un dueño. Muchos se dan cuenta de ello. Muchos lo expresan; y en particular ese estado —fundado por la violencia y no obstante poderoso— que Dionisio de Siracusa se forjara, venciendo a los cartagineses en la hora de su aprieto, difundió ampliamente ese sentir. La caída de su dinastía produjo una reacción, y el espíritu de la antigua independencia municipal debió su poder al hecho de que la monarquía parecía amagar aun la libertad personal de cada quien. Ocioso fuera especular sobre cómo Filipo hubiera resuelto el problema, pasado a sus manos en el día de Queronea. Mucho antes de éste, el anciano Isócrates le había inducido a asumir la condición de general de la confederación helénica contra los persas. Y luego vino a acaecer que su hijo debiera enfrentarse al mismo problema. El fué quien lo resolvió. Tal era el dueño que la nación helénica necesitaba.

Demóstenes y todos los demás sostenedores del antiguo ideal de las ciudades soberanas, ya fueran oligarquías o democracias, eran naturalmente incapaces de comprender al gran rey y su imperio, pero el mismo Aristóteles parece haber pensado en términos muy parecidos a los de ellos, aun habiendo sido tutor de Alejandro y viendo claramente la necesidad de reforma en la sociedad y en los estados exiguos, y sin que le

faltara el vehemente impulso de trasladar sus teorías políticas a la práctica. Sus compilaciones históricas pasan por alto la monarquía macedónica y sus teorías no revelan la menor sospecha de lo que Alejandro planeó y ejecutó. Ello no debería asombrarnos, aun si vemos en Alejandro el supremo remate de la civilización helénica. Todos los hombres positivamente grandes de la historia parecen a los ojos reflexivos de la posteridad agentes providenciales que aparecieron en el momento oportuno para cumplir lo hace tiempo augurado como necesidad, profetizado y puesto en camino. En realidad consiguieron su efecto de modo muy distinto, de un modo suyo personalísimo, a las veces contrario a todo lo previsto, henchidos del sentido, que justamente abrigaron, de estar contribuyendo a la historia con algo nuevo y original. Pero los contemporáneos, que carecen de la facultad de leer la historia retrogradando a partir del acontecimiento (ejercicio en que, por otra parte, no es probable que su interpretación fuera sana), experimentan el choque de aquella contribución, y ello con mayor violencia cuanto más encumbrados estén sobre la grey común, la que al fin y al cabo sólo capta el santo y seña, gritando: ¡Hosanna! el domingo, y el viernes ¡Crucifícale! Aun hoy día se tiene ésta por singularmente sabia al recibir de Demóstenes o Aristóteles el santo y seña de la condenación de Alejandro.

Fué Alejandro al Asia con el propósito de adueñarse del imperio del rey persa. Y lo llevó a cabo no en una loca orgía de victorias, sino con la tenaz perseverancia que empleara tres años en la conquista y organización de las provincias orientales, pero sin descomedirse en extravagantes ambiciones. Es pura leyenda esa su metamorfosis en conquistador del mundo. Era macedonio, rey hereditario de un estado feudal que la energía de su padre había convertido en monarquía militar. Su imperio, pues, no debía basarse en la nacionalidad, sino erigirse sobre las cabezas de naciones y Estados. Concedió autonomía en el más alto sentido de la palabra a reinos, tribus semicivilizadas, ciudades helénicas y de otra naturaleza; no sólo respetó cuantas peculiaridades locales hallara en religión y costumbres, mas llegó, consecuente, a libertar pueblos del yugo extranjero: tal fué el caso de los egipcios. Pero su imperio había de exceder a una confederación, había de consistir en una entidad efectiva, con una autoridad imperial sobre todos suprema, con un ejército, imperial también, instrumento de guerra dispuesto a obligar a la Paz Universal, como Alejandro llamaba a su imperio, y con funcionarios del rey capacitados para

ejercer autoridad suficiente, para protección no sólo de cada parte del imperio contra cualquier otra, sino también del individuo contra la acción arbitraria de su comunidad particular. Finalmente, comprendió la misión civilizadora del Estado tan plenamente como el príncipe en ello más egregio; tomó por su cuenta la irrigación de Mesopotamia, fundó ciudades, construyó puertos y emprendió la exploración científica de su mundo recién descubierto, en estilo a que aun el presente ofrece escasos paralelos.

Gobierno y ejército imperial se hallaban enteramente concentrados en el rey. De su persona dependía todo. La monarquía absoluta era la forma posible para el imperio. El fundador de éste, que guardaba en su cuerpo tantas cicatrices como cualquiera de sus veteranos, que mandaba en persona todas sus batallas, y personalmente, con trabajo incesante, dirigía los negocios administrativos, podía considerarse como ese verdadero rey cuyo derecho al mando ni siquiera su maestro Aristóteles discutía, aunque sí discutiera la posibilidad de la existencia de tal hombre. Pero Alejandro no se consideraba soberano por prerrogativa de su poder. Se tenía a sí mismo rey por la gracia de Dios, no en el sentido de su más o menos dudosa legitimidad, ese título que hartos soberanos, grandes y chicos, adelantan como sola base de su categoría, sino en el sentido en que el genuino artista y el profeta pueden llamarse depositarios del espíritu divino. En Alejandro el destaque de su elemento divino era todo lo contrario de la presunción. Durante su vida demostró la más escrupulosa piedad, y sólo se haría acreedor al desprecio quien le acusare de hipocresía; harta más fe tenía en prodigios y oráculos de lo que nos pluguiera reconocer en un discípulo de Aristóteles, aun siendo comprensible tal inclinación en el macedonio y en el soldado. Cuando el dios de la Libia le saludó por hijo, él se creyó objeto de una revelación celeste. ¿No había sido su antepasado Heracles, hijo de Zeus y de Anfitrion? Sintió él confirmada la su fe en su llamado; y la divinidad del gobernante vino a dar a su imperio una consagración religiosa. Fué consiguiente a esta idea que la adoración de Alejandro cobrara su lugar entre los innumerables cultos especiales de tribus y ciudades, de comunidad y familias, como religión del imperio en su conjunto. Hay no pocos ejemplos de la adoración del soberano instalada junto a la que se rinde a la Divinidad figurada bajo mil nombres y formas; y para el culto de los antiguos monarcas ofrece precedente la antigua y venerada costumbre del culto de los antepasados. La adoración tributada a Platón y Epicuro era de carácter marcadamente

similar. Así pues los abusos de que enclenques o bellacos en el trono, o aduladores y sicofantes entre los súbditos, hayan sido capaces, no han de llegar a neutralizar la autoridad histórica y espiritual de la institución del culto del soberano, inseparablemente enlazado a la institución de la monarquía de Alejandro. Tal monarquía es la más alta fase de organización política y social conseguida en la antigüedad. Porque el tan encomiado Imperio Romano no fué más que esta especie de monarquía: *imperium et libertas*. Positivamente, César se incautó la corona del monarca griego. En lo tocante a Italia y al Occidente, Augusto deseó en verdad ser el primer ciudadano y nada más que eso: el agente confidencial del pueblo soberano. Pero para la mitad griega de su imperio fué desde el principio rey y dios a la vez; y no debió menos su victoria a su propia creencia y a la de los demás en la divinidad de su padre adoptivo. A partir del tiempo de Adriano, la teoría augustana se vió en su mayor parte explotada aun en el Occidente.

El Estado helenístico abandonó el plan de Alejandro; éste hubiera querido conceder a los persas plenos derechos de ciudadanía. Pero ya en adelante esos derechos pertenecen sólo al hombre helenizado, y es sello legal de tal condición el carácter de miembro de una comunidad helénica. Ello es patentísimo en Egipto, donde aún el emperador romano no confiere la ciudadanía al egipcio no adoptado en alguna de las ciudades griegas del país (y en lo tocante a ello podemos dejar a un lado las instituciones específicamente romanas). En cuanto al resto, el rey se empeña en preservar los ideales de la edad antigua de Grecia: el hombre libre y el Estado libre. La libertad personal y económica, el enderezamiento por vía legal y la libertad de emigración son en su mayor parte asegurados, no sólo a los súbditos de un solo reino, sino a todos los griegos. De igual modo las ciudades gozan de muy considerable libertad de acción, en grados que van desde la soberanía nominal hasta el gobierno por funcionarios reales, muy pronto establecido en Alejandría. Las antiguas municipalidades griegas, las del Asia en particular, gozaron, en su calidad de sometidas, de mayores privilegios, por ejemplo, que las ciudades de los países latinos en el presente día. El campo, inversamente, fué casi siempre conferido a alguna comunidad municipal; la tendencia, que de sobra conocemos en el Imperio Romano, a convertir las naciones remisas a todo establecimiento urbano (los celtas, por ejemplo) de tribus en ciudades, aunque sólo sea en el papel, es también perceptible en Siria. El Egipto

siguió siendo "el campo" (*Chora*), pero también permaneció bárbaro y esclavizado. Uno de los escollos que hicieron naufragar la civilización de la antigüedad fué la condición del labriego, mantenida bajo tutela o aun en servidumbre por la ciudad, y rezagado en su doctrinamiento. La esclavitud, como institución, debe ser considerada sólo en la mitad occidental del imperio: no en Egipto, Palestina y vastas zonas de Asia. Una comunidad con bienes propios, que establece sus impuestos, que dispone de sus propias leyes y tribunales, que cuenta con su estatuto y sus magistrados electivos, es práctica y esencialmente libre; el hecho de que pague al rey un tributo fijo, y difiera a su decisión o beneplácito todas las cuestiones de guerra y paz, relaciones con los Estados extranjeros, o aun las comunidades de su misma condición política, no mengua materialmente su libertad. El peligro de tal ajuste reside en la circunstancia de que minimiza el interés por la propia ciudad en el ánimo de sus ciudadanos más capacitados. No ofrece cauce a la acción política efectiva. Detalle todavía más grave, el ciudadano deja de llevar las armas. El ejército se compone de tropas reales, el rango oficial se adquiere por regio nombramiento, y sólo la monarquía tiene considerables recursos a su disposición. A tal centro, y a cada corte afluye el rumor caudaloso de la vida y toda clase de talento. Muy pocas de las ciudades libres, y por lo común sólo las que retuvieron sus derechos soberanos, como Rodas, siguieron en su carácter de centros de civilización. Ninguna de las nuevas poblaciones consiguió este carácter, como no fuera capital regia. Es indudable que no puede existir patriotismo genuino cuando el ciudadano no toma parte, por consejo o acción, en la vida pública. Es indudable que un gobierno que fía enteramente en la capacidad del soberano no puede ser estable ni perdurar. Pero fuerza es que confesemos que, en conjunto, los helenos vivieron a gusto en este régimen. Sólo los antiguos estadillos prefirieron morir desangrados a renunciar al huerdo nombre de libertad. Podemos considerar con simpatía los intentos de confederación que instaron Creta, el Peloponeso y Etolia, aunque reconociendo que políticamente fueron de escasa importancia, materia sin momento en la historia de la civilización.

Hacia el año 330 existían tres hombres destacados como representantes de los grandes ideales de la vida: Alejandro, Aristóteles y Demóstenes. Demóstenes sucumbe; pasaron los tiempos de su clase de libertad y grandeza griega; el porvenir es para los héroes de la vida activa y

la contemplativa. Los hombres de acción atacan apasionadamente el ideal dórico de la *sophrosyne*, como hizo Alejandro al tomar por dechado al Aquiles de Homero. En muchos casos les inspira exclusivamente la ambición personal; y la concupiscencia de los placeres se une estrechamente a la del poder. El desenlace es el desprecio del hombre y la náusea de la hartura. Entre ellos figuran Demetrio, el conquistador de ciudades, y Pirro. Pero no pocos aprendieron de Aristóteles y Alejandro cuál sea el deber de un rey. Los primeros soberanos Seléucidas y Tolomeos, Antígono Gonatas y Hierón de Siracusa, consagran toda una vida de afanes y trabajos al alto deber de la soberanía. Cleómenes de Esparta, el soñador socialista en el trono, sucumbe en el propósito de renovar la juventud espartana y del Peloponeso.

Los hombres de vida contemplativa desaparecen de la vida pública y aun de la social; se acostumbran a vivir en el celibato en pequeños ruedos y comunidades; pura doctrina, y ésta a las veces esotérica, cobra su lugar al lado de la investigación. Los que trasladan en actos lo aprendido de sus maestros, generalmente no contribuyen sino con poquedades a los estudios científicos. La filosofía se ve impelida a un trance inevitable: las diversas ciencias se desenlazan de ella. Lo que resta —especulación metafísica y lógica—, mantiene sin embargo su ascendiente soberano, ya que, desde este tiempo en adelante, transparece el poder efectivo, activo de ella, la autoridad que le compete como *magistra vitae*, como religión del corazón y aseguramiento del intelecto en la vida y la conducta. Este poder extiende su mando sobre círculos cada vez más dilatados, aunque no le sea posible llegar a las clases inferiores; y la quebraja entre cultos e iliteratos se ensancha cada vez más. Atenas sigue siendo la capital de esa filosofía: este es su único título de distinción. Por amplias que sean las diferencias entre las escuelas, en un punto concuerdan: su ideal es el varón cuerdo, el hombre aparte, que se sitúa no sólo sobre el mundo sino fuera de él: lo opuesto al tipo regio. La continuidad histórica de los ideales antiguos, tanto el jónico como el dórico, es inequívoca.

Florecen las varias ciencias donde hallan a su disposición los medios necesarios, esto es, en las cortes. Ello no les confiere condición cortesana, aunque Eratóstenes y Aristarco fueron tutores de príncipes; no sólo las matemáticas, sino todo serio conocimiento, es incapaz de procurar especial senda regalada a los reyes. La biblioteca, el observatorio, las colecciones científicas y la escuela médica de Alejandría, tan prominentes,

proceden directamente de la escuela de Aristóteles: los dos primeros Tolomeos honraron a los doctos, y por tal razón se limitaron a darles subsidios y libertad. En el siglo segundo, sus indignos sucesores desterraron el gremio de los sabios, quienes pudieron hallar al menos libertad en Rodas. Siguiendo la trayectoria de las matemáticas y la astronomía, podemos ver cómo los sabios de los pocos lugares en que se trabajaba con entusiasmo se mantuvieron seguidamente en contacto por sus escritos; mas por espléndido que haya sido el progreso llevado a cabo por los individuos, el número de los que acertaron a compenetrarse con él fué muy escaso, y nos damos cuenta de que el estancamiento general será inevitable, de cesar aquella correspondencia y perecer aquellas instituciones científicas. Sin el estudio de la ciencia pura, jamás habrá adelanto en las ciencias aplicadas; es más, no se hará esperar el retroceso de éstas. Así acació, aun en el departamento en que la observación y la práctica se hallan necesariamente mano a mano: en la medicina. Tras las exploraciones geográficas, botánicas y zoológicas que promoviera, Alejandro había dejado una enorme masa de material que fué al principio acrecida con varios aumentos. Eratóstenes, en su mapa del mundo, pudo usar algunas definiciones astronómicas de localidad expresamente conseguidas a tal fin. Este es el origen de la red de grados que vemos dibujada sobre el globo. Hubiera podido creerse que otros sabios se apresurarían a comprobar tales definiciones y a completarlas con nuevas mensuraciones de sombras. Pero no fué así. Ciertamente Eratóstenes pertenece al fin del siglo tercero, transcurrido ya el gran período de adelanto, y cuando el mal lado del genio de Grecia se fortalece en el ocio, satisfecho de las magnas cosas alcanzadas y dispuesto, canonizándolas, a impedir la seguida del progreso. El cristianismo de Hiparco, aunque bien fundado en lo abstracto, contribuyó un tanto a ello al repudiar el bien obtenido, y estorbar la vía de un mayor bien obtenible, en pro de un mayor bien fuera de todo alcance. Cada departamento de la ciencia natural viene a ofrecer el mismo espectáculo. Lo ganado por los trabajos del siglo tercero es acá y acullá proseguido por algunos pocos (en muchos casos, como era inevitable, por amplificación cuantitativa), pero en conjunto el pensamiento científico se había agotado; y en modo alguno fueron transmitidas, aun en esta forma petrificada, todas las antiguas ideas. Al siglo XIX, llegado, en lo que constituyera su fuerza, a incomparable altura de conocimiento, incumbiría

mirar en pos de él y apreciar en su justo valor las intuiciones y los resultados de la edad primitiva.

En el departamento de la ciencia abstracta, la acumulación del material —no sólo de la cabal herencia literaria, sino aun de todo lo preservado en memoria de hombre—, fué utilizada en escala asombrosamente vasta. Ya los jónicos habían tomado nota de las tradiciones de las naciones bárbaras; se prosiguió el estudio según el espíritu de Alejandro, y a poco bárbaros helenizados, como Maneto, Beroso y Apolonio de Caria tomaron parte en él.

La gramática, con la filología, lexicografía, crítica de textos y labor minuciosa de exégesis, se convierte asimismo en genuina ciencia, cuya importancia, de nuevo, fué el siglo XIX el primero en destacar cuando, en el orgullo de su fuerza, se remontó allá de los logros de ese período antecedente. Con todo, hacia la verdadera ciencia histórica no se dió un paso, ni siquiera en lo relativo a Homero, que constituía el centro y la cúspide de esos estudios. Como tampoco intentaron los griegos formarse concepto científico de ninguna lengua extranjera, ni siquiera del latín. Ese punto de vista unilateral dificultó su juicio histórico. Ninguno de ellos acertó a trasladarse al punto de mira ajeno, y por ello su filología y su ciencia de la historia no pasaron de racionalistas.

Los doctos en lenguaje y literatura eran principalmente poetas, hombres cuyo interés era el estético; y la poesía del tiempo, por lo menos la que ha llegado hasta nosotros, o es auténticamente erudita, o reviste modos y gracia de erudición por empleo de las formas artísticas de tiempos anteriores, especialmente las de la escuela jónica. Descoge gran copia de gusto y elegancia; se abraza a la augusta vida de las cortes y las sedes del saber y los sosegados peristilos de las moradas urbanas y las quintas campesinas bordeadas por el mar o el río; tan rica y ornada como los *grotteschi* de las logias del Vaticano y los frescos de la Farnesina, pretenciosamente magnífica como las alegorías del palacio de los Dogos y del Luxemburgo. Pero ya no rindió nada que inflamara el espíritu de la nación entera y hablara a toda la humanidad. Es más, desdeñó la busca de nuevas formas y a poco prohibió el intento de ellas. Sin duda en las clases inferiores, y numéricamente más vastas, de la sociedad siguió existiendo una poesía que satisfacía las necesidades de ellas, la que probablemente sería de grande encanto para nosotros por su carácter popular;

pero el mal funesto era que la nación se hallaba ya en la incapacidad de remozarse por descubrimiento de nuevos manantiales.

La prosa fué más lúcida y de mayor carácter nacional. Nuestra terminología es inconmensurable con la de aquel período, y las obras mismas cayeron víctimas de ulteriores tendencias del estilo; pero cuando vemos que la novela histórica, la fábula amorosa, el *roman comique*, la novela de viajes, etc., etc., son productos helénicos, sospechamos que la actividad intelectual no fué menos marcada en esta esfera que en las otras.

En el siglo tercero la predisposición al misticismo parece haber sido enteramente sofrenada; no encontramos huella en él de movimiento religioso popular que se adueñe de los corazones de los hombres y cautive sus sentidos. El espíritu jónico prevalece dondequiera. El ritual suntuoso del culto, la erección de templos, los festivales, todo ostenta el sello de la superficialidad. Hasta los discípulos de Platón vuelven al negocio del criticismo socrático: su resultado, aun pareciendo a los no iniciados puro escepticismo, es la obra científica más importante de aquella edad. Halla su complemento, empero, en los propios escritos de Platón y en el reconocimiento práctico de su idealismo moral. La deficiencia, con todo, es inequívoca. Aun los más nobles representantes de la vida intelectual como de la activa respiran un tenue racionalismo. En el siglo segundo, el misticismo transparece lentamente, a menudo asociado al antiguo nombre de Pitágoras, no pocas veces anunciando la irrupción de esencias y religiones bárbaras. Y la astrología, con sus vanas supersticiones, se ha cobrado ya un lugar, y ha torturado a su servicio una pseudociencia de carácter repulsivamente inane.

Ni el hombre en quien la cultura intelectual del período helenístico, en las postrimerías de éste, se encarna, en conjunto, más poderosamente, escapa al contagio de esa falsa doctrina: hablo de Posidonio, quien, según el espíritu de Aristóteles, emprendió, mediante viajes de descubrimiento, observaciones y cálculos particulares, la unión de la zona de la filosófica antigua a la ciencia natural con la metafísica y la ética, hincándose primera y principalmente en la vieja escuela estoica, aunque con poderosas influencias de Platón y Aristóteles. Aparte de esos méritos valió por brillante retratista de usos y modales y cronista de historia contemporánea; su posición fué de leal partidario de la oligarquía romana, aunque prefiriera vivir en Rodas, la más independiente de las ciudades libres. Por su mono-teísmo, religión por él profesada con honda sinceridad, por su mezcla

de misticismo y razón, la copia de sus conocimientos de todos órdenes y sus alegatos en pro de una educación enciclopédica, dejó su huella con más poderío que otro hombre alguno en la generación siguiente, sobre todo entre los romanos, pues Varrón y Cicerón, Salustio y Séneca se hallan bajo su influencia. Mas, a pesar de toda nuestra admiración, debemos confesar que ni él mismo se halla exento de supersticiones groseras, y que su saber corre el peligro de convertirse, por atenuación, en mera cultura general. Podemos juzgar de la mudanza acaecida al recordar que era discípulo de Panecio, el astuto y superficial amigo de Escipión Emiliano, quien redactó para los romanos un manual de la doctrina ciceroniana del deber (que más tarde compilara Cicerón en su *Officiis*) y ateizó el *Fedón* porque la doctrina de la inmortalidad le parecía indigna del admirable dialéctico.

Era Posidonio originario de Apamea (Siria); y por cierto que los países en que el mayor cuerpo de la población era semítico procuran notable numerosidad de poetas y escritores contemporáneos de todas clases. Pero el mejor testimonio de la pujanza del helenismo viene de los círculos que entendieron serle antagónicos, en primer lugar los judíos, de quienes tenemos la información más cabal. Su independencia en materia de detalle resulta menos importante que su comunidad de pensamiento y sentimientos. En escritos como los Proverbios, el Eclesiastés y el Eclesiástico, la influencia del pensamiento griego no ofrece lugar a dudas. Antes de la reacción macabea y durante ella, la materia del Antiguo Testamento fué elaborada según métodos griegos en novelas, epopeyas y dramas. Profecías y apocalipsis se eslabonaron con los oráculos poéticos de Grecia; y el movimiento nacionalista, cuyos jefes no tardaron en convertirse a su vez en príncipes helenísticos, no avanzó sino muy contados pasos hacia la ruptura de tales vínculos. En los primeros días del imperio, Filón no está menos sometido que Cicerón a la influencia posidoniana y platónica. Los fariseos de Jerusalén y aún más que ellos las poblaciones de distritos mezclados, no acertaron a renegar de la atmósfera helenística que respiraban. Sin Alejandro, sin el helenismo, no podríamos imaginarnos el advenimiento de los Evangelios.

La magna labor del helenismo consistió en la educación impartida a la nación que lo gobernaba. Ello empezó en tiempos inmemoriales, al ser adoptados los caracteres y los pesos y medidas de los griegos en las orillas del Tíber, y al levantarse el primer templo de estilo griego

EL DESENVOLVIMIENTO DEL ESPIRITU HELENICO

a un dios de igual procedencia en un mercado romano. Los latinos, con todo, habían conservado sus características nacionales, y jamás toleraron la instalación de gentes griegas en sus costas. Pero ya ahora no se trataba de eliminar la lengua griega, sino antes de adoptar el conjunto de la civilización helénica. Sabios griegos, oyendo hablar a Marco Cicerón, se lamentaron de que el último lustre de su nación les hubiera sido arrebatado, aunque no sin justicia. Y a pesar de ello, el occidente, cautivado su espíritu, se rindió a la civilización griega, aunque no estaba menos determinado por los hados que diera un día a los helenos el nombre de romaicos.

Vino a ser de cardinal importancia para la historia del mundo que los reinos helenísticos fueran demasiado débiles para entrar en la lucha decisiva que sostenían Roma y Cartago, primero por Sicilia (enteramente perdida para los griegos), y luego por el señorío del Occidente.

Roma ya había expulsado de Italia la influencia griega. Ese hecho trascendental, la debilidad de Grecia, fué el resultado de la muerte de Alejandro y del imposible mantenimiento de la unidad del imperio, tras esa lucha en su ámbito por media centuria, que permitiera la ascensión de tres grandes poderes que se tenían uno a otro en jaque. Para el tiempo en que Roma hubo conseguido vencer a Aníbal, se hallaba el Egipto tan desmembrado por su desgobierno, que por propia iniciativa, ingloriosa, pero cuerdate, se puso bajo la protección de la república romana. Macedonia sucumbió, no sin honra. El rey de Asia ya no tenía el poder de extender su influencia a Europa; y los países a los que debía su título pasaron a manos de Roma. Pero la caída del imperio, a la sazón llamado Siria, implicó el fortalecimiento de aquella nación, que Alejandro, que la estimara en su justo valor, había deseado inclinar a su parcialidad, ofreciéndole una parte en el gobierno. Sobvenida la monarquía de los arsácidas, por más que éstos se llamaran filohelenos, dos factores, una nacionalidad extranjera y una religión intolerante, arrojaron al helenismo más allá del Eufrates. Emprendió el Senado romano con desgana el gobierno de las provincias griegas, pensando acertadamente que el resultado de ello había de ser tan perjudicial para su propio pueblo como para las provincias sometidas. Hay que reconocer, no obstante, que jamás se precipitó más implacable pandilla de saqueadores sobre una presa indefensa. La desesperación indujo a los asiáticos a estimar como un libertador nada menos que al salvaje capadocio Mitridates, acumulando así desastre sobre desastre. La propia Roma estaba totalmente des-

ensamblada, y al fin Grecia hubo de proporcionar el escenario para las luchas decisivas de la revolución romana. Rodas, la ciudad que, última superviviente en ello, había gozado de cierto grado de inmunidad, fué sometida al pillaje por los asesinos de César. Sólo en reciente oportunidad pudimos apreciar lo muy endurecidas a la catástrofe que estaban ya las gentes, al llegar a nuestro conocimiento que, en tiempo de Sila, bárbaros norteños habían incendiado el templo de Delfos, hecho enteramente olvidado en las tradiciones a nosotros pasadas. También se ha conseguido saber que probablemente en aquella época se perdió la totalidad de los capitales acumulados y asegurados en innumerables instituciones, y tocaron a su fin los festivales de los dioses, los juegos y los banquetes; cayeron los gremios, aun los de músicos y actores, que habían sabido procurarse estatutos de todos los poderes, y dilatados trechos del país se vieron yermos y desolados. Algunos individuos, muy pocos, compraron tierras que más adelante cobraron inmenso valor, hecho que por sí mismo estorbó toda sana reviviscencia.

Fué Augusto el libertador que trajo finalmente la paz y el orden; y los griegos rindieron desmedido homenaje a su salvador. Lo merecía sin duda, pero ya era imposible que ascendiera nueva savia por el árbol decrepito y mutilado. Había visto el helenismo perecer todo lo que al hierro y al fuego fuera dado destruir: su solo bien intacto era la herencia intelectual de sus antepasados. Entre ellos buscó refugio Grecia y ellos resultaron victoriosos aun de los romanos, sus señores. Así se consumó el proceso que determinaba el futuro del mundo, el proceso mediante el cual la nación no sólo abdicaba de todas sus aspiraciones políticas, sino que además cancelaba la suma de los tres pasados siglos, insistiendo en hablar como Platón y Demóstenes lo habían hecho, o hasta como Herodoto y Lisias, olvidando aun las gestas de Alejandro, vuelta la mirada a Salamina y Maratón, y llegando, efectivamente, hasta poner en duda la posibilidad del progreso en poesía y filosofía (y también de las diversas ciencias) allende las de la edad clásica, que se había decidido a concluir al propio tiempo que el período ático. La imitación era, pues, la única senda segura; se desafió al principio mismo del progreso. Este fué el caso, más todavía que en la práctica, en la teoría: las artes plásticas, por ejemplo, prosiguieron aún en su trabajo original, pues los artistas se sobrecargan raramente de cultura literaria. Pero en toda la esfera del lenguaje los resultados no podían menos de ser desastrosos, pues la sima existente entre clases educadas, que, gracias a la escuela y al

EL DESENVOLVIMIENTO DEL ESPIRITU HELENICO

estudio, podían dar a su lenguaje el sesgo de la moda de tres siglos atrás, u otro más antiguo, y la plebe, cuyo lenguaje, de esta suerte privado de toda influencia ennoblecedora, degeneró rápidamente, se hizo a poco tan vasta, que apenas si era posible llegar al común entendimiento. La necesidad de los artificiales modos del habla obligó a que la retórica y el arte del estilo ocuparan el primer lugar en las escuelas; y las palabras fueron por grados sofocando las ideas. Ni era tampoco deseable la novedad en el pensamiento ulterior: éste obtenía mejor acogida si era tan clásico como las palabras. El objeto cabal de la vida, en realidad, no se cifraba más que en una repetición de formas, y de la substancia (de haber alguna) santificada por el uso antiguo. Aun una institución tan arcaica como los juegos gímnicos fué puesta de nuevo en vigor; el antiguo culto religioso fué laboriosamente restaurado; en el siglo II después de J. C., Apolo empezó de nuevo a dispensar oráculos en verso. La autoridad de Homero se vió exaltada hasta un grado extravagante; le conocía todo el que hubiera pasado, aunque fuera efímeramente, por una escuela. En dilatados círculos, el uso de las frases homéricas pasaba por poesía, el Olimpo homérico por religión, y en estas circunstancias, por vez primera, el poeta cobró el lugar de que hoy goza el Antiguo Testamento entre los que no tienen otro libro. Ello se patentiza abiertamente en las polémicas cristianas.

Bajo el gobierno liberal y filohelénico de la dinastía que subió al trono con Nerva, prosperó el mundo; en sentido material, jamás ha sido el Asia más feliz. Pudo aquella edad envanecerse de oradores que hablaban como Demóstenes y Platón combinados. Cierta suma de educación filosófica prevalecía entre hombres instruídos; no faltaban gentes capacitadas y amables; hombres como Plutarco, quien pinta la copia del verdadero helenismo que los héroes de la revolución francesa adoptaron en vez del original, y quien trasmitió a Montaigne, por ejemplo, rica porción de la sabiduría positiva de los griegos. La labor de complicación mediante la cual la astronomía y geografía fueron resumidas por Ptolomeo, la gramática por Herodiano y la medicina por Galeno, es de valor considerable desde el punto de vista de la historia. Un superficial folletista semítico como Luciano, copia con tanta habilidad las formas graciosas de los antiguos, que en el Renacimiento y en la época de las Luces pasa por representante capital del espíritu griego. Pero, a pesar de todo, la época chochea; nos ofrece la ciencia natural sin experimentos; la abstracta sin

examen imparcial; el conocimiento, sin filosofía. Los más hondos espíritus han llegado a ese punto extremo en que la fuerza estriba en la resignación. La esperanza, único tesoro, entre todos los de la caja de Pandora, que permaneciera con el hombre cuando la nación era joven, ha emprendido un vuelo sin regreso. Nadie alberga una fe viviente, salvo los que renuncian al mundo. El Eros platónico ya no es una fuerza, y el ágape es sólo conocido por aquellos a quienes lo haya revelado Pablo. Cansados están los espíritus de los hombres. Y no tardan sus cuerpos en enfermar. Esculapio es el único dios celeste cuyo culto florezca hombro a hombro con el de los emperadores, dioses del imperio; la débil salud de las gentes de quienes más oímos platicar se convierte en factor inquietante; bajo Marco Aurelio la primera onda poderosa de mortalidad recorre el imperio. Desde entonces en adelante es rápido el declive, especialmente al caer el imperio, con Séptimo Severo, en manos de generales bárbaros. Ni hay que olvidar que Augusto había circunscrito grandemente la mitad oriental del imperio, a la que permitía seguir siendo griega. Romanizó las provincias del Danubio, Iliria, Africa y aún Sicilia. Todos los años enviaba el Oriente gran copia de aquellos moradores al Occidente y aunque el hecho contribuyó por modo muy eficaz a la asimilación de la cultura griega por las tierras del ocaso (en Roma, por ejemplo, el lenguaje de las congregaciones cristianas fué el griego, hasta algo más adelante de estos días), dichos emigrantes fueron, con todo, definitivamente perdidos para la nación griega. En el Oriente se agitaban las antiguas naciones; ya en el siglo segundo asoma una literatura aramea; en Frigia aparecen inscripciones en lengua vulgar; a pesar de Longino, la Palmira de Zenobia no es ya ciudad griega; ganan acrecimientos alarmantes de fuerza espiritual las religiones bárbaras, aun la que pasa la frontera de los partos. En esos círculos a los que la sedicente Gnosis nos conduce, y que no están enteramente compuestos de gentes ignorantes, el elemento griego es sólo uno de tantos. El ejército imperial se convierte más y más en una fuerza que insta a la barbarie. No es maravilla que la civilización se desplome, con el imperio desjuntado y los estragos que los germánicos —a los que el clasicismo de la época apellida Escitas, según la frase de Herodoto— causan en sus primeras acometidas. Por sus fechorías de ese período, godos y vándalos merecieron el sentido peyorativo que aún cuelga de su nombre, aunque se atribuya equívocadamente su origen a la devastación de Italia y Africa. Redujeron la Grecia a un desierto, destruyeron a Olimpia; y lo que es peor, aniquilaron la prospe-

ridad del Asia. Los juegos atléticos, que habían reemplazado las contiendas gimnásticas de la antigüedad, pero reteniendo un tanto del espíritu de ésa, prácticamente llegaron a su fin; todo lo que la paz había permitido acumular, templos, monumentos y teatros, fué destruído para la erección de paredes fementidas. En todas partes el delgado estrato de gentes cultas, superpuestas a pueblos medio alejados de la civilización, pereció enteramente. Algún especie de orden restauraron Diocleciano y Constantino; pero ya en la peana del rey griego estaba el sultán oriental; el hombre libre había sucumbido. Vino luego la Iglesia, que no tardó en proscribir la libertad de pensamiento. Orígenes fué pensador y docto filólogo casi sin par entre sus contemporáneos. Eusebio no conoció igual entre los sabios de su tiempo. No fué, pues, culpa del cristianismo que esos dos hombres carecieran de sucesores, y fueran reemplazados por la superstición cegata y apenas honrada de Atanasio y los vulgares vituperios de Epifanio. Al contrario, el cristianismo mostró su afinidad con la civilización helénica por el mismo hecho de que se marchitaran juntos. Su victoria terrena debería ser incapaz de deslumbrar, sobre todo, los ojos de los creyentes del reino de Dios, que Jesús predicara. Apenas si hay huella de ese espíritu en el concilio de Nicea.

Las cualidades que se mostraron activas en la decadencia de la civilización eran esencialmente griegas: el embeleso en el logro conseguido, y la reverencia hacia la autoridad. El movimiento clásico les permitió alcanzar poderío exclusivo. Mano a mano con ellos se hallaba el delicado sentido de la forma; jamás la facultad educativa consiguió mayores triunfos. También el cristianismo se sometió al yugo de la retórica clasicista; los impresionantes sermones de los grandes capadocios son testimonio de ello, no menos que el pueril *Simposio de las Vírgenes* de Metodio. En su alianza con la Iglesia, esa cultura formal reviste el gran mérito de haber preservado una parte considerable de la literatura de la antigüedad para ayuda de la instrucción. La facultad griega del pensamiento abstracto se reveló poderosa en el bien y el mal. En medio del terrible siglo tercero, consiguió refugio en el más puro aire de las concepciones inmateriales, aunque a expensas del deleite en el mundo visible que había caracterizado a la escuela jónica.

Poco quedaba de Platón, salvo su nombre y el misticismo de su ancianidad, en el postrer gran movimiento filosófico que llevó su nombre; y que fué más que nunca ajeno al espíritu griego cuando intentó por

fantástica nigromancia mantener en pie el antiguo sistema de religión. El mismo estilo de pensamiento prevaleció prácticamente en igual extensión en suelo cristiano, y no sólo en los muchos círculos que la Iglesia había repudiado; el dogma ortodoxo no es más que uno de esos sistemas, aunque resultara el canonizado y preservado por espacio de siglos juntamente con el entero cuerpo de la civilización clásica. Ese entumecimiento, naturalmente, nos disgusta sobre todo si lo parangonamos con el activo progreso de la Iglesia Romana, que cobra de las manos de la Roma imperial la tarea de la civilización del Occidente, y sobrepuja todo lo que aquélla hiciera. Con todo, hay cierta grandeza en el espectáculo de la civilización vetusta y momificada que guarda a la nación griega del sufragio total, en su final perspectiva de esclavizada por una raza bárbara y una religión fiera y agresiva. Pero si un gran futuro intelectual y político, como deseamos, ha de volver a sonreír a los griegos o, mejor, los romaicos, ello no sobrevendrá por renovación de ninguna forma arcaica ni vendrá directamente determinado por el espíritu de la antigüedad, ya sea griego o cristiano; antes deberá remozar a toda la nación el asimilado influjo de la moderna cultura occidental. El Occidente, no lo olvidemos, no imitó a los helenos: usó adecuadamente de su herencia para la pronta liberación y el renuevo de su juventud. Ese servicio rinden todavía ellos, y seguirán rindiéndolo, al hombre individual. Elevando sus ojos a la gloria griega, bien sea la homérica o la dórica, la ateniense o la helenística, los hombres, mientras el mundo exista, se fortalecerán para ser libres y entrar de buena gana al servicio de la Idea, y de esta suerte, aun si se hubieren descarriado, hallarán de nuevo su camino hacia la naturaleza y hacia Dios.

Políticamente, los griegos no conquistaron el dominio del mundo, y ni siquiera consiguieron la unidad nacional; más a pesar de ello vino a existir a través de sus números una civilización homogénea para el mundo entero. También creemos que habrá de existir una civilización en lo venidero, y trabajamos para conseguirla porque deseamos y defendemos el compañerismo y concordia de muchas naciones, países y lenguajes. Pero la civilización del mundo no conoce vínculo más estrecho que los cimientos comunes a todas las civilizaciones genuinas; y eso es lo que heredamos de Grecia.

ULRICH VON WILAMOWITZ MÖLLENDORFF

Traducción de José Carner.